

## Después del proyecto Camelot

JOHAN GALTUNG

(Estoy en deuda con Robert Angell, Kenneth Boulding, Alex Inkeles, W. J. Goode, Simon Schwartzman y otros muchos exalumnos de la FLACSO, por sus valiosos comentarios y críticas, pero la responsabilidad del trabajo recae íntegramente sobre el autor.)

### 1. Introducción

“El proyecto CAMELOT es un estudio cuyo objetivo es determinar la factibilidad de desarrollar un modelo general de sistemas sociales que debía hacer posible predecir e influir aspectos políticamente significativos de cambio social en las naciones en desarrollo del mundo... El proyecto está concebido como un esfuerzo de tres a cuatro años que será financiado aproximadamente con millón y medio de dólares anuales. Está patrocinado por el ejército y el Departamento de Defensa, y será llevado a cabo con la cooperación de otras agencias del gobierno... El ejército estadounidense tiene una importante misión en los aspectos positivos y constructivos de la edificación de la nación y tiene también la responsabilidad de asistir a los gobiernos amigos para enfrentarse a los problemas de insurgencia activa. Otro importante factor es la toma de conciencia, en los más altos niveles de la organización de la defensa, del hecho de que se conoce relativamente poco, a un alto grado de seguridad, acerca de los procesos sociales que es necesario comprender a fin de enfrentarse efectivamente a los problemas de insurgencia. Dentro del ejército existe una especial disposición para aceptar que es necesario mejorar la comprensión general de los procesos de cambio social si es que el ejército ha de cumplir sus responsabilidades en el programa general de contrainsurgencia del gobierno de los Estados Unidos. A este respecto, son de considerable importancia una serie de informes recientes en relación con los problemas de seguridad nacional y las contribuciones potenciales que la ciencia social puede aportar para resolver estos problemas.”

Estos extractos han sido tomados de un documento oficial (fechado el 4 de diciembre de 1964) de la *Special Operations Research Office* (SORO) de la American University, en el que se hace una introducción al proyecto CAMELOT.<sup>1</sup> Las palabras son muy claras y es difícil dejar

de tomarlas en serio aun cuando otras presentaciones del proyecto parezcan diferentes.<sup>2</sup> El presente artículo es un esfuerzo por analizar el cancelado proyecto y algunas de sus implicaciones. En este trabajo no haremos esfuerzo alguno por repasar todo el material en relación a la historia del proyecto. Muchos detalles permanecerán ignorados por algún tiempo y otras circunstancias han sido ya clarificadas por los numerosos artículos que se han publicado.

Explicado brevemente, lo que sucedió fue lo siguiente: el proyecto se preparó cuidadosamente en los Estados Unidos por un comité de científicos sociales y el diseño final de los instrumentos iba a realizarse en el verano de 1965. Sin embargo, cuando la información citada fue dada a conocer a los científicos sociales de América Latina, la reacción de éstos fue más bien la de un rechazo indignado a cooperar y el asunto se hizo primero del dominio público nacional en Chile, y después del dominio público internacional. Como resultado, el proyecto fue cancelado el 8 de julio por la oficina del Secretario de la Defensa, y el 5 de agosto el presidente de los Estados Unidos publicó una orden previniendo que “no deberá realizarse ningún patrocinio gubernamental de investigación de área extranjera que, a juicio del secretario de Estado pudiera afectar adversamente las relaciones exteriores de los Estados Unidos”. Así, el asunto alcanzó cierta notoriedad el año pasado y fue muy discutido en las reuniones de las asociaciones de profesionales en ciencias sociales (particularmente por los antropólogos).

Pero ello no significa necesariamente que se hayan extraído las lecciones esenciales del asunto, ni que sea completamente claro cuáles puedan ser dichas lecciones.<sup>3</sup> Más particularmente, el autor se ha sentido muchas veces consternado al comprobar que numerosos científicos sociales estadounidenses parecen entender muy poco de las complejas emociones y discusiones que implica un asunto de este tipo. Lo que sucedió tiende a ser considerado más bien como una dificultad técnica que se puede encontrar en la “investigación de área extranjera” y que podría ser superada con sólo ser suficientemente inteligente. Los extractos citados se explican como el precio que se tiene que pagar por un contrato de seis millones de dólares, la mayor suma jamás puesta a disposición para un proyecto de ciencia social.

También se interpreta lo sucedido como expresión de la mala administración de la soro,<sup>4</sup> como expresión de rivalidades entre facciones militares más o menos tradicionales en el Pentágono, como expresión de rivalidades entre el Departamento de Defensa y el Departamento de Estado, como expresión de la conducta ambigua e indisciplinada de cierta persona particular asociada con el Proyecto,<sup>5</sup> como expresión de la hostilidad de un investigador social invitado,<sup>6</sup> etcétera. En otras

palabras, la tendencia ha sido, como ocurre a menudo en los conflictos, a no considerar lo fundamental y a buscar algunas características accidentales de la situación.

El presente artículo es un esfuerzo por analizar algunos de los aspectos fundamentales de la investigación científica social en el exterior. A tal efecto utilizaremos el proyecto CAMELOT como ilustración, pero nuestra inclinación personal es considerarlo como una acción desgraciada, y queremos dirigir aquí la atención hacia mejores vías de futuras investigaciones exteriores, más que al análisis y condena de lo sucedido en el pasado.

## 2. *La naturaleza política del proyecto CAMELOT*

¿Qué fue entonces lo esencial en este proyecto? En verdad, lo esencial fue su naturaleza política, que es lo que comentaremos primero. Sin embargo, la pregunta es ésta: ¿Qué es precisamente lo que hace a un proyecto de este tipo un proyecto político? ¿Cuándo se puede decir que la cantidad de política agregada a un proyecto científico se hace demasiado pesada?

Obviamente, como la mayoría de los autores parecen aceptar, el criterio para juzgar *no puede ser que el proyecto esté patrocinado por el gobierno ni que esté patrocinado por el aparato militar*. En todo caso se trataría de un delito por asociación delictuosa, pero podría servir también para absolver la investigación distorsionada políticamente que patrocinan organizaciones privadas.

Tampoco se puede usar como criterio el hecho de que el proyecto tiene *implicaciones políticas* que favorecen un punto de vista en lugar del otro; en otras palabras, que de él pueden ser derivadas directivas políticas. Porque esto excluiría la mayor parte de la investigación social sería, en la medida en que ésta permite la predicción y/o la manipulación de "aspectos políticamente significativos" para citar el documento CAMELOT. Exigir, implícita o explícitamente, que la política de investigación favoreciera de alguna manera ambos, o todos los campos, no tiene sentido; la investigación con implicación política es, por definición, un acto político que hace variar la correlación política. Es más, todos los descubrimientos no secretos pueden ser usados tanto por buenas personas como por malas personas, con fines buenos o malos, porque si ellos contribuyen al conocimiento de como una condición social puede ser obtenida, entonces implícitamente también dan a conocer de qué manera puede ser impedida, como ha sido puesto de manifiesto muy bien por Jessie Bernard.

¿Habrá entonces que aceptar como criterio que los resultados de la

investigación son *secretos*? Para muchos esto parece ser una buena base para juzgar. A menudo éste es un buen indicador porque puede implicar un monopolio sobre los resultados derivados de la investigación. En todo caso, la investigación secreta despertará sospechas. Pero no debe olvidarse que puede haber otras razones para mantener en secreto un informe de investigación: la publicación de los resultados podría herir a algunas personas o a algunos grupos; puede ser imposible preservar el anonimato; los resultados pueden causar conflictos no deseados y hacer que sean imposibles futuras investigaciones; el secreto hace parecer más importante el informe (y a la agencia que está detrás de él), etcétera. Por tanto, éste no es un criterio infalible.

Tampoco lo es el *propósito o intención*: una agencia puede desear diseñar una investigación para sus intereses políticos y simplemente fracasar, y otras sin tales intenciones pueden ser ciegas a la naturaleza política de su investigación.

Por tanto, preferimos usar como criterio el *diseño del proyecto mismo*. ¿Qué tipo de perspectiva sobre el sistema político estudiado está implícito en el diseño? ¿Es ésta una perspectiva que expresa un punto de vista político en lugar de otro, de manera que en el diseño ya está previsto que los hallazgos pueden ser usados en favor de un curso político de acción en lugar de otro? Y, naturalmente, si *además* de que el patrocinio es político y aun militar, el propósito es político y el proyecto es lanzado de una manera secreta; entonces creemos que hay poca duda acerca de la naturaleza del proyecto.

Para clarificar este problema general utilizando el proyecto CAMELOT como ejemplo, imaginemos que una persona tiene un modelo que concibe a América Latina como gobernada por gobiernos esencialmente amigos, democráticos aunque imperfectos, del tipo de los de Leoni-Belaúnde-Frei amenazados por movimientos insurgentes de inspiración Castro-Moscú-Pekín, e imaginemos que dicha persona simpatiza con los gobiernos del primer tipo y no con los últimos. En ese caso, el proyecto CAMELOT, aparte de su considerable interés científico, viene a ser una importante arma potencial que podría señalar formas más suaves de manejar, por ejemplo, a la "insurgencia" en la República Dominicana. Ahora imaginemos una persona que tiene el punto de vista de que América Latina está gobernada por "títeres del imperialismo yanqui instalados para explotar a las masas", bajo varias máscaras, y de que la única esperanza yace en el derrocamiento de estos gobiernos por las fuerzas populares a través de guerras internas. En este caso el proyecto CAMELOT aparece como una arma diseñada para aplastar tales revueltas.

Aunque ambos modelos de América Latina tienen muchos partidarios, ningún estudioso serio de estas naciones sostendría puntos de vista tan

simplificados. Más bien se analizaría a las naciones en términos de perspectivas mixtas, porque obviamente, hay casos en que ambos modelos pueden ser aplicados. Pero esto no nos aparta del problema básico: que el proyecto CAMELOT era extremadamente asimétrico en su concepción de América Latina, situándose demasiado cerca del primer modelo. Hubiera sido fácil, en principio, complementarlo con un estudio de las formas de “dominación y explotación oligárquicas”, para usar la jerga marxista, pero es difícil imaginar de qué manera el proyecto CAMELOT habría incluido investigaciones acerca de cómo “asistir movimientos insurgentes amigos en lucha contra gobiernos dictatoriales” y todavía haber conservado el contrato. En resumen: el proyecto era claramente un proyecto político, que definía los problemas del mundo en términos extremadamente cercanos a lo que precisamente la gente de izquierda en el mundo piensa que es la apreciación de los Estados Unidos de los problemas del mundo.<sup>7</sup> Que el proyecto tuviera también un considerable valor científico potencial y que partes de él fueran diseñadas brillantemente, no lo exime de esa circunstancia. Tampoco es posible aceptar la idea de que el proyecto fue juzgado prematuramente, ya que el diseño no se había completado aún; una vasta inversión ya se había hecho y el rumbo general era ya inconfundible.

Las personas que han sido condicionadas para creer que el primer modelo mencionado es casi evidente, pasarán inadvertidas fácilmente la naturaleza política del proyecto; y quienes se adhieren siempre al segundo modelo tampoco podrán apreciar su naturaleza científica. Pero que los científicos sociales, sistemáticamente entrenados para ver un problema desde diversos ángulos, no pudieran captar la inmensa implicación política del proyecto, es verdaderamente extraño. Y es particularmente trágica la incapacidad para hacer uso del sabio principio antiguo de considerar el problema desde el punto de vista del antagonista.<sup>8</sup>

Las ciencias sociales se desarrollan ahora rápidamente en la Unión Soviética y en Europa Occidental. Imaginémosnos que el Ministerio de Defensa Soviético hubiera lanzado un proyecto sociológico-antropológico para investigar la naturaleza de la inquietud en Hungría, Polonia y Alemania Oriental, por ejemplo a principios de 1953 o principios de 1956. La tarea debía ser descubrir algo acerca de cómo el ejército soviético podría ayudar mejor a gobiernos amigos “en relación con problemas de insurgencia activa” ¿No podría uno haber pensado que otros problemas en esa esfera podían también haber valido la pena de ser investigada y que el proyecto tenía la apariencia de una manipulación política? Se puede rechazar el ejemplo diciendo que las relaciones Oriente-Occidente no son simétricas, que lo que es correcto en Occi-

dente puede, sin embargo, ser erróneo en Oriente, porque nuestros valores son correctos y los suyos no; o que lo que es correcto en el sur puede sin embargo ser erróneo en el norte por razones semejantes. Pero ésta es una posición generalmente no compartida por la población de los países que eran objeto de las operaciones CAMELOT: no existe un consenso acerca de que el punto de vista más comúnmente hallado en los Estados Unidos sea el válido.

En breve, para la mayoría de los puntos de vista en América Latina, con excepción de círculos muy especiales, la participación en el proyecto CAMELOT era claramente una acción política que planteaba todos los problemas del papel de los científicos sociales en relación con sus gobiernos. Alguien puede objetar que en tiempo de guerra estos problemas no se plantean y señalar con orgullo lo que significaban *el soldado americano* y otras piezas de ciencia social del tiempo de la guerra en el desarrollo de la ciencia social de los Estados Unidos. Pero para que este paralelo fuera válido, la relación con los grupos insurgentes en América Latina y en otras partes, tendría que ser definida en términos de guerra y como una guerra en contra de los Estados Unidos. Ésta es una actitud con la que se puede estar de acuerdo o no, pero es una actitud marcadamente política, egocéntrica y partidarista.

Esto fue expresado muy claramente en la Cámara de Diputados de Chile por el director del comité de la investigación especial para investigar el proyecto CAMELOT, Andrés Aylwin: <sup>9</sup>

Es importante destacar algo más. En este proyecto se pretende hacer un análisis de los problemas del hombre, del hambre, del desempleo, etcétera. Sin embargo, estos problemas vitales no son estudiados por el significado que tienen en sí mismos, sino sólo en la medida en que pueden ser causas de rebelión o de revolución. Dicho en otras palabras, en el proyecto CAMELOT no se analiza el desempleo para encontrar sus causas y estudiar sus soluciones, no se trata de estudiar las necesidades humanas para tratar de satisfacerlas. Los problemas sociales son importantes sólo en la medida en que producen tensiones. En resumen, este proyecto no ha sido concebido para tratar de resolver los problemas del hambre en América Latina, sino sólo para evitar la revolución.

Sin embargo, puede objetarse que la investigación científica social, o cualquier tipo de investigación, es imposible sin una perspectiva, y que en cuestiones sociales dichas perspectivas no debían descartarse por el solo hecho de que coincidan con las opiniones políticas de un sujeto. En realidad, las perspectivas políticas pueden ser lo más interesante. Únicamente cuando esta distorsión se planea en el diseño de un proyecto que se encamina directamente a líneas de control político —en

este caso las del Pentágono— la naturaleza política se hace muy clara. Porque la distorsión científica del proyecto está íntimamente coordinada con la distorsión política del Pentágono —lo cual nos lleva directamente al viejo problema de la “sociología administrativa”, ahora a un nivel internacional. En periodos anteriores, en la generación anterior de sociólogos, los patrones comprendían, mejor que los empleados, las potencialidades de la sociología como algo útil, y así surgió toda la corriente de la sociología industrial orientada hacia el trabajador. Siempre se podía encontrar entre los trabajadores iniciativas para el cambio, como por ejemplo, hacer coincidir los sistemas de trabajo informales con los formales. Ahora, la nación más rica del mundo comprende mejor que ninguna otra las potencialidades de la investigación y la emprende a nivel internacional. Escoge para un proyecto de estudio de seis millones de dólares aquel aspecto de las naciones en desarrollo que es significativo para ella con obvios propósitos e implicaciones de control.

Los numerosos investigadores sociales de renombre mundial que participaron en este proyecto podrían protestar por esta descripción. Ellos señalarían otros aspectos: el énfasis en los enfoques no militares en lugar de los militares en relación a los problemas, la posibilidad de apoyar a los “blandos” en lugar de apoyar a los “duros” en el Pentágono, proporcionando a aquéllos las armas intelectuales de una ciencia social que puedan servir como sustituto a sus armas tradicionales de carácter militar, etcétera.<sup>10</sup>

No hay razón para dudar de la sinceridad de estas personas. Pero puede haber alguna razón para dudar de su sentido de la realidad, pues generalmente los políticos y los burócratas son mucho más hábiles para manipular intelectuales que viceversa (esto es parte de sus profesiones, los intelectuales estarán más interesados en demostrar su inteligencia que en vender sus conocimientos a cambio de concesiones políticas que los burócratas pueden no estar en condiciones de conceder o no querer conceder).

Pero la objeción más importante es que aún la “manipulación suave” a través de fuerzas externas a las naciones, es cierto tipo de intervención y como tal objetable. El autor de estas líneas escuchó muchos comentarios en América Latina en el sentido de que “preferimos la intervención militar a este sucio tipo de manipulación, porque al menos así sabemos de lo que se trata”. Este aspecto parece haber sido completamente ignorado: “¿Con qué derecho se sienten investidos los Estados Unidos para intervenir de alguna manera, suave o dura?” Ésta era la pregunta típica.

Imaginémonos ahora por un momento que el proyecto no hubiera explotado en una etapa primaria sino que hubiera sido lanzado más o menos como fue intentado, con la cooperación de prominentes investi-

gadores sociales de los Estados Unidos y América Latina. Esto hubiera sucedido así sólo si los intentos de engañar hubieran tenido éxito, como lo explicó en una carta dirigida al presidente de la *International Sociological Association*, el rector de la Universidad Católica de Santiago de Chile: <sup>11</sup>

En realidad, el doctor Hugo Nuttini, profesor en el departamento de Antropología de la Universidad de Pittsburgh, que vino a Chile para establecer contacto con los sociólogos chilenos para interesarlos en participar en el proyecto CAMELOT, afirmó, tanto de manera escrita como oral, que el proyecto era financiado por la *National Science Foundation*, cuando en realidad estaba financiado por el Ejército de los Estados Unidos y el Departamento de Defensa de ese país. Es más, en el proyecto de diseño que proporcionó a los sociólogos chilenos, todas las referencias al ejército habían sido meticulosamente borradas. Finalmente, se hicieron esfuerzos para hacernos creer que se perseguían intereses puramente científicos, cuando en realidad fue intentado para servir de base a la política de contra-insurgencia de los Estados Unidos.

Imaginemos además que los descubrimientos derivados del proyecto CAMELOT llegaran a los políticos, como era realmente la intención, y fueran aplicados con la perspectiva general en mente, por ejemplo, de mantener juntas militares en el poder a través de medidas más oportunas y mejor distribuidas para satisfacer necesidades de la población de manera que no se acumularan las frustraciones hasta el punto de la insurgencia activa. *Ni una sola palabra de los numerosos documentos del proyecto CAMELOT descarta la posibilidad, por ejemplo, de mantener en el poder a un Batista o a un Imbert*; la idea parece ser solamente que esto ocurriría con medios más delicados que las misiones militares de Estados Unidos o que la intervención militar directa.

Imaginemos que sólo entonces se publicara el documento del 4 de diciembre de 1964, revelando el patrocinio y los objetivos del proyecto. ¿Cuáles serían las consecuencias?

En primer lugar se engañaría muy seriamente a algunas personas, como ya había ocurrido por algunas semanas o meses en la primavera de 1965. Pero dejemos esto a un lado.

En segundo lugar, esto hubiera sido el fin de la ciencia social latinoamericana, por diez o veinte años, porque esto confirmaría las sospechas que la izquierda radical siempre ha expresado en América Latina como la verdadera naturaleza de la sociología no marxista: una maquinación para perpetuar el sistema capitalista internamente y el sistema imperialista externamente. Incluso con el desarrollo que realmente tuvo lugar, el proyecto afectó seriamente la confianza intelectual y en cierta medida también la confianza política entre Norte y Sudamérica. Pero

incluso dejemos esto a un lado y digamos que esto interesa principalmente a los científicos sociales, y particularmente a aquellos que tienen la tarea de promover la ciencia social en esa región.

Queda todavía el problema de participar en una acción política cuando uno cree que está actuando como un científico social. Se trata de algo más que de una simple decepción. Esto significa hacer responsables a personas de acciones por las cuales pueden no querer responsabilizarse, incluso por acciones de consecuencias de largo alcance. Se puede correr el riesgo de ser considerado como partidario de un tipo de "solución" científica a un "problema" que uno puede haber definido de manera diferente; habría el riesgo de ser cooptado para un proceso de control político sin siquiera pedirle su consentimiento. Y esto coloca al científico social en una situación no muy diferente a la que el científico de la naturaleza ha ocupado por mucho tiempo: sus actividades pueden tener implicaciones de largo alcance, si no en términos de vida y muerte, al menos en términos de justicia y libertad.

Imaginemos ahora que no se hubiera tratado de engañar, que el proyecto hubiera sido lanzado abiertamente, tal como efectivamente era, como una combinación de aventura política y científica. En dicho caso, se trataría de algo honesto: aquellos que favorecen esa perspectiva sobre Estados Unidos-América Latina podrían participar en el proyecto y quienes estuvieran en contra de ella podrían abstenerse; el problema sería de inclinación política y de interés. En América Latina esto se traduciría en una eliminación tanto cuantitativa como cualitativa de científicos sociales; en los Estados Unidos posiblemente no, pero el resultado sería que dotar de personal al proyecto hubiera sido aún más problemático. Pero todavía se puede argumentar que debía exigirse de los científicos de los Estados Unidos que comprendieran mejor los problemas y sentimientos de los países que quieren investigar; y uno se pregunta qué clase de valor científico podría haberse derivado de un proyecto cuando sus diseñadores han revelado una ignorancia tan grande de las naciones que iban a estudiar.<sup>12</sup>

### 3. *El aspecto del "colonialismo científico"*

Vayamos ahora a otro aspecto igualmente serio del proyecto CAMELOT, al que denominaremos "colonialismo científico". Éste es en realidad, un término cargado emocionalmente. Podríamos haber usado un término neutral como "patrones asimétricos de investigación" pero dudamos hacerlo así porque el término más fuerte, en cierto sentido, expresa mejor lo que queremos decir.

Por “colonialismo” en general, entendemos un proceso mediante el cual el centro de gravedad de una nación no se halla ya en la nación misma sino en otra nación, la colonizadora. Es mejor conocido el *colonialismo político*, donde el centro de gravedad para tomar decisiones cruciales está localizado en el centro colonizador, no en la colonia. El número 2 es el *colonialismo económico*, por el cual el centro de gravedad para las transacciones económicas cruciales está localizado fuera del país. Lo que en estos casos se ha perdido se denomina generalmente como la autonomía política y la autonomía económica; ésta última no debe confundirse con la autosuficiencia, de la cual pocas naciones gozan en la estructura económica mundial entrelazada. Ambos patrones son bien conocidos, aunque el colonialismo político de tipo clásico está liquidado y el colonialismo económico es resentido amargamente. Ambos durarían más tiempo si no fuera por la poderosa reacción en contra de ellos entre las poblaciones en las colonias.

Por *colonialismo científico* nos vamos a referir al proceso mediante el cual el centro de gravedad para la adquisición de conocimientos acerca de la nación está localizado fuera de la nación misma. Existen muchas formas en que esto puede ocurrir. Una es afirmar el derecho de acceso ilimitado a los datos de otros países. Otra es exportar los datos acerca del país a otro país para procesarlos y convertirlos en “bienes manufacturados”, tales como libros y artículos. Como ha sido señalado por el sociólogo argentino Jorge Graciarena,<sup>13</sup> es exactamente lo mismo que sucede cuando son exportadas materias primas a bajo precio y reimportadas como bienes manufacturados a un costo muy alto. El proceso más importante, el más creativo, el más empresarial, el más remunerador y las fases más difíciles de él, tienen lugar fuera del país.

Existe además el conocido fenómeno que se denomina “flujo de la inteligencia”, mediante el cual los jóvenes intelectuales primero son invitados mediante becas y después son seducidos a permanecer en los países ricos, debido a sus atractivos, hasta que la mayoría de su tiempo como científicos creadores ha pasado. Después de esto pueden ser reexportados o no, muchas veces como burócratas investigadores, a los países en desarrollo o a un organismo internacional. Esto se realiza bajo la forma general de la asistencia técnica.

Y finalmente, como factor más importante, existe una distribución desigual o una acumulación desigual de conocimientos personalmente adquiridos acerca de la “colonia”. Actualmente, esto se expresa en el alto número de tesis doctorales, periódicos e institutos, especializados en estudios de áreas (estudios latinoamericanos, africanos, del “mundo capitalista”) que existen en las naciones de mayor desarrollo científico del mundo (entre otras cosas esto refleja la estructura de sus ministe-

rios del exterior). Los objetivos del conocimiento son precisamente: determinar cómo funcionan los sistemas sociales y políticos. Se trata de que los institutos puedan satisfacer mejor necesidades tales como la diplomacia bilateral, la asistencia técnica y el comercio exterior (y ganar prestigio y recibir dinero por sus servicios). Y el problema que se plantea aquí no sólo es el de que pocas cosas se hagan de la otra manera —que pocos estudios completos acerca del colonizador sean realizados por personas de la colonia—, sino que los intelectuales de las *naciones científicamente poderosas muchas veces saben más acerca de otras naciones que lo que dichas naciones saben acerca de ellas mismas*. Es cierto que su conocimiento puede ser estereotipado o de tipo anticuado, y sobre todo puede referirse a aspectos de la colonia en los que la población de ella esté menos interesada —por ejemplo debido a que pertenecen al pasado o a lo atípico (como cuando los estudios más modernos de los Lapps en Noruega se llevan a cabo por extranjeros). Sin embargo a últimas fechas, dichos estudios tienden a ser adecuados y pertinentes y son citados a menudo por los ciudadanos de las naciones como los mejores estudios disponibles.

Pero ¿acaso no es loable, acaso no es un gran favor a estas naciones que otros contribuyan a develarles su propia imagen? En cierto sentido lo es, en otro no. El conocimiento se considera como una cosa positiva, pero en asuntos humanos no carece de importancia cómo se ha adquirido ese conocimiento. Así, concedemos un alto valor a los esfuerzos de los adolescentes por descubrirse a ellos mismos, atravesando los penosos errores y aciertos de forjarse una imagen razonable de ellos mismos. Si esta imagen está muy cargada de ilusiones puede ser corregida por otros procesos de interacción. Lo mismo sucede con las naciones: que los “adultos” les señalan fórmulas completas en cuanto a quiénes son y cómo son, muchas veces tiene efectos adversos. También es erróneo no decirles nada. Debe haber un equilibrio, un intercambio, tan pronto como sea posible, en términos iguales. Si siempre hay un adulto a la mano que responda las preguntas: “¿Quién soy yo?” y “¿Qué debo hacer?”, probablemente tendrá lugar cierto tipo de despersonificación, algún tipo de autoalineación. Independientemente de que los propósitos sean bien o mal intencionados, el resultado neto será un aumento en las posibilidades generales de manipulación del joven por parte del adulto, ya sea que se trate de individuos o de naciones. Dos anécdotas de Ghana, de hace un par de años, pueden servir para ilustrar mejor esto que más elaboraciones teóricas.

La primera se refiere a las actividades de los Cuerpos de Paz de los Estados Unidos en su primer año en Ghana. No se trata de que todo lo hayan hecho mal, sino de que lo que hicieron era casi perfecto. Adies-

trados excelentemente por David Apter (*Gold Coast in Transition*), sabían a tal punto más acerca de Ghana que muchos de los maestros locales, que era bochornoso verlo. Estudiantes *magna cum laude* recién salidos de la universidad, cultos, simpáticos, joviales, chocaron con la enseñanza, muchas veces anacrónica y ritualizada, impartida por los ghaneses y británicos expatriados. ¿Es extraño que los ghaneses experimentaran desesperación y los británicos coraje?

La segunda se refiere a una pintura que se hallaba en la antecámara del ex presidente Kwame Nkrumah. La pintura era enorme, y la figura principal era el mismo Nkrumah luchando, arrancando las últimas cadenas del colonialismo. Las cadenas están cediendo, hay truenos y rayos en el aire, la tierra está temblando. Y fuera de todo esto, tres pequeñas figuras se dirigen hacia las orillas del marco. Son hombres blancos con un enfermizo color pálido —son más bien repugnantes y antipáticos. Uno de ellos es el capitalista, carga un portafolio. Otro es el sacerdote o misionero, lleva la Biblia. Y el tercero es la figura menor, lleva un libro titulado *African Political Systems* —se trata del antropólogo o del científico social en general. Así que, si las cadenas simbolizan el colonialismo político, los hombres que pasan simbolizan el colonialismo económico, cultural, y científico respectivamente.

A quienes objeten que todos sabemos lo que sucedió a Nkrumah, debía replicárseles que ambas anécdotas son sin embargo representativas de los sentimientos de desesperación, alienación y coraje que existen en las naciones donde los científicos sociales de las naciones más viejas se nutren. Quien lo dude debía preocuparse de comprobarlo por sí mismo. Encontraría entonces que en estas naciones se insiste, más allá de cualquier justificación, en que “sólo aquel que haya nacido en América Latina puede entender a América Latina”, “que es necesario tener sangre hindú en las venas para comprender a la India”, “que hay que ser un nativo para captar realmente las sutilezas del lenguaje”, etcétera. En otras palabras, encontraría a personas aferradas a criterios puramente imputables que utilizan como la última barrera a oponer en contra del alud de intelectuales que en busca de conocimientos se ha desencadenado sobre ellos.

Debe hacerse notar que el colonialismo científico es una cosa diferente al hecho de mezclar la política y la ciencia. La gran potencia puede estudiar aspectos muy inocuos de la vida de una pequeña potencia; puede estudiar aspectos que tengan poca o ninguna significación política; y esto, sin embargo, todavía puede contribuir al tremendo desequilibrio en el conocimiento. Y además, efectivamente pueden estar mezcladas política y ciencia cuando dos naciones que saben lo mismo una de otra, lanzan proyectos de ciencia social una contra otra.

Pero es también obvio que ambas cosas pueden fácilmente ser combinadas; el proyecto CAMELOT sería el más adecuado ejemplo. El conocimiento científico social acerca de una pequeña nación en las manos de una gran potencia es una arma potencial y favorece los patrones asimétricos ya existentes en el mundo, ya que contribuye a la manipulación en el interés de las grandes potencias.<sup>14</sup>

Un aspecto importante del colonialismo científico es la idea de un derecho ilimitado de acceso a datos de cualquier tipo, de la misma manera que una potencia colonial se siente con derecho a poner las manos en cualquier producto de valor comercial en el territorio. El proyecto CAMELOT es un buen ejemplo a este respecto, y la indignación que produjo está claramente expresada en los documentos y en el debate publicados por la Cámara de Diputados de Chile:

Denunciar el proyecto CAMELOT como un instrumento de intervención del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, como un ataque en contra de la dignidad, la soberanía y la independencia de las naciones y pueblos, y en contra del derecho de autodeterminación, garantizado por el derecho interamericano (conclusión del Comité de Investigación Especial, pp. 3325-3326).<sup>15</sup>

Las naciones, como los hogares y otras instituciones, tienen su propia individualidad e intimidad. Nadie puede entrar a investigar qué sucede en un hogar sin el consentimiento del jefe de familia. Tampoco pueden potencias o instituciones extranjeras mirar hacia los detalles más personales e íntimos de lo que sucede en otra nación, mirar hacia sus servicios militares, su justicia, sus sindicatos, su administración pública, sus instituciones, sin la autorización explícita del gobierno.<sup>16</sup>

Es fácil encontrar ilustraciones de lo absurdo que es esta pretensión —de que en nombre de la ciencia social, el acceso a los datos del exterior debía ser (casi) ilimitado. La mayoría de nosotros, al igual que don Andrés, no aceptaríamos inmiscuirnos en los asuntos de los individuos sin su consentimiento; y cuando esto se hace, como ocurre muchas veces en la política o en las cuestiones policíacas y algunas veces en la ciencia social, por regla general se produce un estallido de protestas o se hacen esfuerzos para justificar la acción diciendo que se sirve a elevados valores sociales o científicos. En general, respetamos una esfera de primacía en torno a los individuos, que sólo se puede penetrar con el consentimiento expreso del mismo individuo.<sup>17</sup>

Que esto también se aplica a las naciones puede verse fácilmente haciendo variar las cosas un poco. ¿Cómo reaccionarían los Estados Unidos frente a una comisión de científicos soviéticos formada para investigar el asesinato del presidente Kennedy, o para investigar las raíces

de la invasión cubana, o los intereses detrás de la intervención de Santo Domingo? En todos los casos bajo el mismo supuesto del proyecto CAMELOT: de que al gobierno de la nación objeto del estudio ni siquiera se le ha pedido su consentimiento, sino que se ha enterado del proyecto por otros canales.

En cierto sentido ésta es una cuestión de simple decencia humana, pero también de derechos humanos fundamentales; y al nivel internacional, es una cuestión de dignidad nacional y de autonomía nacional. Debe comprenderse que en la actualidad la ciencia social es un instrumento político potencial de gran significación, lo que quiere decir que la entrada de científicos sociales en otro país es una acción política potencial. Y esto plantea el dilema de reconciliar los valores del conocimiento creciente con los valores de la decencia y de la autonomía. Porque es indudable que existe aquí un fuerte conflicto de valores. Un gobierno que no desea que ningún extraño estudie los asuntos internos de la nación, incluyendo actitudes y patrones de conducta de individuos privados, puede hacer uso de valores tales como la dignidad y la autonomía como pretextos para proteger su propio monopolio sobre la información. Hay un elemento de paternalismo en la idea de don Andrés mencionada o sea de que “nadie puede entrar sin el consentimiento del jefe de familia”, y a este tipo de paternalismo en términos generales, se le llama sistema autoritario.

En este punto, la distinción entre la investigación exterior gubernamental y la investigación exterior privada, aunque no sea muy profunda, es útil. Parece razonable exigir a un gobierno que desee realizar investigación en territorio extranjero, que emprenda los proyectos a través de los canales diplomáticos adecuados, que obtenga el consentimiento de los individuos seleccionados, así como el consentimiento del gobierno. No es igualmente obvio que esto debiera exigirse de organizaciones privadas de investigación; el consentimiento de los individuos y de las organizaciones exploradas debía ser suficiente en sociedades abiertas. En el momento en que los gobiernos son dotados de derechos para intervenir, las investigaciones, por definición, serán interpretadas como investigaciones gubernamentales —y ésta es una desafortunada consecuencia del proyecto CAMELOT para los científicos sociales de Estados Unidos. La investigación debía realizarse de persona a persona, en una comunidad de intelectuales, en una atmósfera de libertad.

#### 4. *Algunos remedios sugeridos*

Mucho más difícil y mucho más importante que el análisis de sucesos es el esfuerzo realizado para encontrar soluciones operantes a los pro-

blemas planteados por el asunto CAMELOT. Esencialmente, sólo existen los dos problemas siguientes: el *problema de la combinación de objetivos científicos y políticos* y el *problema del colonialismo científico*. El problema no reside en si los gobiernos debieran o no patrocinar investigaciones científicas —esto lo hacen al mantener universidades estatales en la mayor parte de los países y a través de otros medios; y es difícil argumentar que exista algo intrínsecamente malo en la investigación de patrocinio gubernamental sin denunciar la mayor parte de las investigaciones que se hayan realizado. Tampoco está a discusión si las agencias militares debían patrocinar investigaciones: ellas hacen esto con propósitos militares, los cuales pueden agradar o no, y pueden hacerlo con propósitos no militares, lo cual debía entonces ser evaluado por sus méritos científicos. Otro aspecto es que la línea de demarcación no es tan clara, y que el patrocinio de investigación política sería siempre aumenta el prestigio del patrocinador. Finalmente, será una cuestión de conflicto entre valores el hecho de si le disgusta a uno el patrocinador hasta el punto de rechazar su patrocinio en un estudio que en realidad le agrada.

Tampoco se trata de un problema de deshonestidad: en la actualidad, la mayoría de las personas probablemente subscribe (si no es que lo cumple) un código ético por el cual mentir sólo es permitido bajo condiciones extremas de *fuerza mayor*, en casos de vida o muerte; y no podría incluirse la operación de un proyecto de investigación en esta categoría. Es más, puesto que se supone que los científicos están comprometidos en la búsqueda de la verdad, las mentiras como medios parecen antiéticas. Sin embargo, muchas de las técnicas de la ciencia social para lanzar un proyecto se acercan peligrosamente a esto.

Para empezar con el problema de mezclar política y ciencia, es difícil ver algún fin a esto, o alguna forma de disminuir las tensiones que puede hacer surgir. Sin embargo, se pueden sugerir algunos principios.

Primero que nada, existe la idea de la *franqueza cuando se trata del propósito y el patrocinio*. Ningún científico social de buena fe presentaría un proyecto si no quisiera decir cuáles son sus objetivos y quién su patrocinador. Si no lo hiciera así, no sería ya un científico de buena fe. Podría ser un excelente consultor para el servicio de inteligencia de ésta o aquella nación, pero no podría ser reconocido como un científico. Se podría comparar mejor con el vendedor de aspiradoras que entra a una casa bajo el pretexto de estar llevando a cabo una encuesta, y sale de ella con un portazo detrás de sí, con o sin un contrato en la mano.

Desde luego, hay pocas razones para dudar que los gobiernos y otras entidades se abstengan alguna vez de utilizar la ciencia social para acer-

carse a sus metas políticas y que personas que se identifiquen con las metas y/o con los salarios y otras condiciones ofrecidas, se les unan, ya sea que se trate de científicos sociales o no. De aquí que las reglas en este campo deban ser tan claras como sea posible.

En segundo lugar, ¿podría exigirse a los proyectos de ciencia social de *buena fe* que tuvieran un carácter *no secreto*, con las limitaciones obvias debidas a las reglas del anonimato, de las consideraciones generales, etcétera? Pero, como se ha dicho antes, creemos que ya se ha puesto mucho, demasiado énfasis, en esta condición, probablemente porque es fácil de comprender, relativamente poco problemática y fácil de cumplir y de eludir.

Tercero, y esto es menos trivial: debe procurarse que *los instrumentos de la ciencia social estén más equitativamente distribuidos*, de manera que esta arma política no se convierta en el monopolio de un grupo o de una nación para ser usado en contra de otras. No se trata únicamente de una cuestión de libre acceso a la teoría y a los métodos y de una asistencia técnica efectiva, sino también de una cuestión de diseñar métodos de ciencia social, que sean a tal punto efectivos y baratos, que puedan ser utilizados por cualquiera que tenga suficiente nivel de adiestramiento. Porque en la actualidad los costos de proyectos a gran escala del tipo del proyecto CAMELOT son prohibitivos para todas las naciones, excepto para las naciones más grandes del mundo. En términos realistas, todos estos esfuerzos de asistencia técnica debían considerarse no sólo como medidas para difundir la ciencia social *sino también como medidas de autodefensa para las naciones de la periferia del mundo*. Parcialmente, los instrumentos permitirían comprender mejor a todas las naciones lo que ocurre cuando la ciencia social se enfoca hacia ellas; y en parte capacitarían a éstas para enfocar la investigación hacia el rumbo opuesto, como se explicará en la siguiente sección.

Cuarto, como señaló Ulf Himmelstrand cuando este asunto general fue discutido en el Sexto Congreso Mundial de Sociología (Evian, 4-11 de septiembre, 1966), es ingenuo referirse solamente a la disponibilidad general de los resultados de la investigación —que están ahí para que cualquiera los consulte—. El investigador extranjero debe definir esto también como una parte de su responsabilidad de ayudar a crear las posibilidades para que el personal nativo consiga dicho acceso. Esto puede hacerse mediante la presentación de los resultados de una manera que pueda comprenderse localmente, facilitando la diseminación de los resultados de la investigación, o promoviendo el tipo de adiestramiento que haga accesible la información técnica. Desde luego, esto se realiza ahora, en gran medida, bajo el patrocinio bilateral y multilateral, privado y gubernamental.

Quinto, gran parte de la investigación de naturaleza política delicada sería preferible que no fuera manejada por las partes en conflicto sino por terceros o por instituciones internacionales.

Finalmente, se debía tener más franqueza en relación al problema en conjunto, sobre todo estar dispuesto a ver y admitir el aspecto político de dicha investigación y no dejarse seducir y distraer por el palabrerío acerca de la libertad de investigar. Todos creemos en el valor de la ciencia, pero no a cualquier precio; hacerlo así sería colocar el conocimiento por encima de, digamos, la autonomía, la dignidad, la vida y la muerte. Por tanto, abordemos estos problemas con mayor amplitud y menos misticismo —esto nos será más útil a todos.

Vayamos entonces al problema del *colonialismo científico*, la clave del cual es la asimetría, y cuyo remedio es introducir en los proyectos tantos elementos de simetría como sea posible. Desde luego que siempre existirá cierta asimetría. Los aspectos ordinarios de esto se relacionan con la organización *del proyecto individual*, aunque las ciencias sociales han necesitado largo tiempo para comprenderlo y para hacer algo al respecto. El asimétrico proyecto resumido es llevado a cabo por el antropólogo social. El diseño es suyo: él mismo realiza la recolección de los datos, aunque puede emplear nativos para que le consigan algunos de los datos y funjan como entrevistadores, entrevistados o informantes; los datos recogidos son llevados al país del antropólogo y el proceso, el análisis, la interpretación teórica y la redacción final, son todos realizados por él. El antropólogo sale de su país con el diseño, reúne los datos en el exterior y regresa nuevamente a su país con el portafolio lleno de dichos datos para ser procesados. Muchas veces no informa de los resultados de su investigación a quienes han sido objeto de ella, ni antes ni después de la publicación de los resultados.

Podría objetarse que difícilmente hay otra alternativa. El antropólogo estudia pueblos primitivos que han sido descubiertos por la ciencia social, pero esos pueblos no han descubierto la ciencia social de manera que es imposible que puedan participar a un nivel de igualdad y menos pueden llevar a cabo sus propios proyectos en el país del antropólogo social. Pero esta objeción se invalida cada vez más, en la medida en que las ciencias sociales se desarrollan por todo el mundo. A esto se objetaría a su vez que en pocos medios de investigación científica social en el mundo se puede cultivar el refinamiento de la ciencia social de los Estados Unidos, de manera que no puede haber colaboradores en pie de igualdad. Y a esto se puede contestar nuevamente que ese tipo de argumentos pueden servir —y de hecho han servido— como argumentos para negar a las naciones, por ejemplo, su independencia. Estamos aquí en presencia de un derecho básico y —al parecer— inalienable:

el derecho a participar activa y conscientemente, o por lo menos a que sea ofrecida dicha participación cuando sea adquirido el conocimiento acerca de uno mismo.

Las recetas para la organización simétrica de un proyecto de investigación iniciado por científicos sociales en A para estudiar las condiciones sociales en B, deben ser por tanto las siguientes (además de la solicitud de permiso para llevar a cabo dicho proyecto a las autoridades competentes):<sup>18</sup>

1. *Participación de investigadores de B en el diseño del proyecto* y en la selección de instrumentos, etcétera, de preferencia desde el principio, a fin de que el proyecto no tenga una prehistoria que sea usada para justificar ciertos cursos de acción (“estamos acostumbrados a hacerlo de esta manera; originalmente pensamos hacerlo de esa forma”, etcétera).
2. *Participación en el procesamiento de los datos* a todos los niveles, no sólo como entrevistadores, etcétera.
3. *Participación en el procesamiento de los datos* a todos los niveles, no sólo como codificadores, etcétera.
4. *Igual acceso al análisis de datos*, lo que muchas veces significa igual acceso a las tarjetas IBM. La cuestión básica aquí es tener el derecho, no necesariamente hacer uso de él.
5. *Participación en la construcción de teorías*, y
6. *Participación en la redacción*, lo que significa ser invitado a ser coautor.

Obviamente, estas condiciones tendrán que adecuarse a las circunstancias locales, como por ejemplo el grado de desarrollo de las ciencias sociales en la nación B. Asimismo, estas reglas en términos generales deberán aplicarse sólo a los proyectos mayores; sería ridículo montar una complicada maquinaria tan sólo para un procesamiento menor de un conjunto de datos.

Todo esto parece atractivo en el papel pero puede ser menos atractivo en la práctica. Porque los científicos sociales de los países en desarrollo, que a menudo han sido educados en los países desarrollados, han asimilado las perspectivas de estos países de una manera tan simplificada que los hace “más papistas que el Papa”. Es más, muchas veces tienen una percepción aún más estereotipada de sus propios países que el científico social del exterior, que por lo menos está protegido por la ignorancia, y su limitada movilidad social y geográfica los vuelve bas-

tante miopes cuando se trata de percibir la estructura social de sus propias naciones.

Sumado a esto, la cooperación de este tipo (que ahora se practica mucho) a menudo sirve para mantener un patrón sumamente desafortunado: que los científicos sociales de los países en desarrollo acostumbran estudiar los mismos problemas que los científicos sociales de los países desarrollados estudian en sus países, como si los dos tipos de sociedades fueran lo suficientemente parecidas para justificar esto. Muchas veces es patético ver cuántos proyectos de los institutos de ciencia social en el mundo periférico están copiados del mundo desarrollado, con las obvias implicaciones políticas.

Pero lo más importante es lo que hemos señalado anteriormente, o sea que esta parte del problema, así como su solución, es obvia comparada con el problema más profundo. Cuando los investigadores provenientes de A han desarrollado cierto número de proyectos de acuerdo con esta receta en B, el resultado es que en la organización del proyecto hay simetría, pero, sin embargo, se produce una asimetría fundamental en el conocimiento acumulado. La población en A conoce mucho más acerca de B de lo que la población de B conoce acerca de A y B, y este conocimiento se presenta muchas veces en el idioma (no sólo en el lenguaje) de A y es de tal género, que puede facilitar extraordinariamente la manipulación de B por A —a condición de que sea ciencia social seria.

Al abordar este problema, de las dos formas posibles de obtener la simetría, es decir, entre detener la investigación de A en B o iniciar la investigación de B en A, esta última es preferible. En el caso del proyecto CAMELOT, esto significaría emprender un diseño que debía amplificarse hasta incluir, por ejemplo, un estudio de las condiciones de la intervención militar por parte de los Estados Unidos, un estudio de las ramificaciones del famoso complejo “industrial-militar” aludido por Eisenhower, un estudio de las actitudes generales hacia los países en desarrollo, un estudio de las potencialidades para el cambio violento o no violento en la sociedad estadounidense, etcétera, todos, llevados a cabo por equipos mixtos de norteamericanos y latinoamericanos. A los colegas de los países desarrollados que creen que tales proyectos carecen de seriedad y que tienen un definido tinte político, se les puede recordar que ésta fue exactamente la reacción de la mayoría de los científicos de Latinoamérica frente al proyecto CAMELOT —lo cual prueba que los ejemplos son útiles para propósitos heurísticos. Éste podría haber sido también, con el patrocinio adecuado, un proyecto fascinante.

Pero dicha investigación sería extraordinariamente útil también por otras razones. Mencionaremos sólo algunas:

—daría a los investigadores del mundo periférico —los países en desarrollo— una oportunidad para conseguir un conocimiento más profundo de la naturaleza de los sistemas sociales y políticos que están emulando;

—enriquecería la ciencia social de las naciones en desarrollo al forzarlas a utilizar otras metodologías y teorías —de la misma manera que los investigadores de los países desarrollados tienen que cambiar considerablemente sus instrumentos al estudiar sistemas políticos y sociales en naciones muy diferentes;

—les daría oportunidad para salir del marco egocéntrico de referencia hacia una visión más global de la humanidad y desprenderse del sentimiento de que solamente ellos son de interés y valen la pena para el estudio (sentimiento acariciado por los investigadores de los países desarrollados deseosos de lanzar sus propios proyectos);

—podría forzar algunos patrones viables de cooperación entre los investigadores de los países en desarrollo;

—contribuiría a comprender mejor a las naciones “dominantes” del mundo, porque no hay duda de que ellas serían estudiadas desde otros ángulos por los investigadores de los países en desarrollo (como ejemplos recordemos lo que los estudios de Tocqueville y de Myrdal han significado para la imagen que tienen de sí los norteamericanos);

—contribuiría para que el debate acerca de las naciones desarrolladas fuera menos ideológico y más empírico en las naciones de la periferia. Quizás incluso eliminaría algunos aspectos altamente emocionales del debate entre norte y sur y lo colocaría en un contexto más directamente relacionado con la búsqueda de soluciones, y no sólo de fórmulas ideológicas;

—contribuiría a mejorar la ciencia social haciéndola más universal y explotando de manera más sistemática las diferencias en perspectivas de investigación, y

—contribuiría a una mayor igualdad en el sistema internacional al institucionalizar la igualdad de las naciones en relación al acceso al conocimiento acerca de una y otra, y, en consecuencia, el “equilibrio del conocimiento” como opuesto a una “hegemonía del conocimiento” Esto es a la vez un correctivo relativamente barato, y relativamente efectivo para las estructuras asimétricas de poder existentes, porque el conocimiento, al menos en principio, es más fácilmente diseminado que la propiedad y que los medios de violencia.

Por tanto, las ventajas potenciales son numerosas. Sin embargo, en conversaciones con los científicos sociales de los países en desarrollo, repetidamente se ha manifestado su poco interés en estos estudios, excepto como partes de proyectos más amplios de carácter comparativo

que incluyeran a sus propias naciones. En cierto sentido, esto tiene un carácter nacional, porque es una expresión de la profunda preocupación e interés y de la alegría de descubrir su propia nación. Hay un sentimiento de urgencia conectado con los problemas nacionales, un sentimiento de que los escasos recursos para investigación debieran asignarse a estudios que pudieran fomentar el desarrollo socio-económico. Pero también existe en todo esto un elemento de provincialismo egocéntrico que no difiere de la actitud de los adolescentes de preocuparse más por ellos mismos que por el bienestar de sus padres. Sin embargo, esto puede cambiar rápidamente y dichos estudios ponerse de moda de la noche a la mañana. De hecho, las fundaciones harían una importante contribución si comenzaran a asignar recursos para investigadores de la periferia que fueran capaces y tuvieran deseos de estudiar naciones en el centro; harían una importante contribución si no se interesaran únicamente en patrocinar las investigaciones a realizar por el centro en el centro mismo, por la periferia en la periferia misma y, desde luego, por el centro en la periferia. Permitir que todas las naciones disfruten del privilegio de haber contribuido a que otras naciones develen su propia imagen, podría simplemente contribuir a forjar un mundo más rico y más interesante.

Es así que lo que hemos llamado colonialismo científico tiene dos aspectos (la organización del proyecto individual y la distribución de todos los proyectos) y dos recetas relativamente simples para su solución (la simetría en cada caso) —al menos superficialmente. Pero imaginemos que sólo se pudiera resolver uno de ellos, ¿cuál debía entonces tratar de resolverse? Nosotros nos inclinamos por el segundo porque es, con mucho, el más importante, aunque también es el más difícil. Que haya una organización asimétrica en cualquier proyecto individual puede significar una afrenta para la dignidad de los científicos sociales nativos y puede ser deshonoroso para el prestigio nacional, porque ellos se sientan ignorados. Pero continuar con el gran desequilibrio de la distribución de la experiencia en la investigación de otras naciones es una manera más de perpetuar la estructura generalmente feudal del mundo y, por tanto, un acto político de mucho peso. Naturalmente, nadie negará que, tanto cuantitativa como cualitativamente, existe más literatura disponible acerca de la parte más poderosa y desarrollada del mundo, aunque está escrita por personas de esos países. Sin embargo, ella no permite la misma penetración que la investigación directa proporcionada.

Por otra parte, es fácil profesar determinada preferencia por un valor en lugar de otro, pero no es fácil institucionalizar soluciones que correspondan a esos principios. En consecuencia, para lograr estudios serios del centro realizados por la periferia, la periferia debe conocer las téc-

nicas. Y ésta es una razón más por la cual la simetría en la organización debe ser anterior en la práctica: es una de las formas más simples de difusión del conocimiento técnico, porque la participación personal es reconocida como uno de los mejores mecanismos del aprendizaje. Y una vez que por lo menos los fundamentos de la teoría de la ciencia social hayan sido suficientemente difundidos y absorbidos, se puede estar seguro de que la segunda fase se cumplirá de manera lógica: la propia nación, simplemente no será suficiente para satisfacer las curiosidades de los científicos sociales de los países en desarrollo.

Debe hacerse notar que los institutos verdaderamente internacionales de investigación tienen grandes ventajas cuando se trata de cumplir ambos principios: la simetría en la organización del proyecto y la simetría en el proyecto. Ante todo, se pueden hacer esfuerzos en esos institutos para dotar de personal de manera simétrica a todos los proyectos, y se puede procurar que la acumulación de conocimientos se difunda equitativamente entre los grupos de naciones del mundo. Esto sería un argumento de peso en contra de los institutos regionales —a menos que tengan una relación de intercambio con los institutos que los puedan complementar: un instituto para el estudio de las naciones subdesarrolladas debía relacionarse idealmente con un instituto para el estudio de las naciones sobredesarrolladas.

Segundo, los institutos internacionales pueden evitar todo esto simplemente definiendo el proyecto como *internacional*, que no es patrocinado ni por la nación A ni por la nación B. Pueden ser invocados diversos simbolismos para realizar esto. Existe la idea de llevar a cabo el estudio principalmente a través de personas de una tercera nación. Entonces el personal puede ser mixto en gran medida. Y existe la posibilidad de que el instituto sea reconocido no ya sólo como *internacional* sino como *supranacional*, de manera que exista poca suspicacia de una distorsión nacional, independientemente de la nacionalidad de los investigadores. Una forma de lograr este *status* envidiable, sería ligar al instituto a una organización supranacional, como por ejemplo, las Naciones Unidas, pero entonces la dificultad sería que las mismas Naciones Unidas pueden ser una parte de lo que se quiere estudiar. (Hay otras dificultades, como por ejemplo, el problema de realizar trabajos científicos que parezcan triviales a 117 años que pueden tener opiniones altamente divergentes.)

## 5. Conclusión

En conclusión el proyecto CAMELOT abre numerosas posibilidades críticas para el debate acerca de la estructura y la organización de la

ciencia social una vez que trasciende las fronteras de una sola nación. Ahora es de esperarse que este debate sea orientado más bien hacia el futuro que hacia el pasado.

Pero también es de esperarse que la suerte que corrió el proyecto CAMELOT sirva para prevenir a aquellos que todavía piensan que tales proyectos pueden ser legítimamente lanzados a nombre de la ciencia social,<sup>19</sup> y también a los que puedan llegar a ser objeto de tales proyectos, para que no sean tan ciegos en sus desviaciones políticas y sean capaces de reaccionar en contra de ellas de una manera adecuada.<sup>20</sup>

1 Las fuentes más importantes del proyecto CAMELOT son:

Jessie Bernard, "To the Editor", *The American Sociologist*, 1965, pp. 24-25. Ver también: *The American Sociologist*, núm. 2 (1965); núm. 4 (1966) y *American Psychologist*, vol. 21, núm. 5 (mayo 1966).

Alfred DeGrazia, "Editorial on Project Camelot", *The American Behavioral Scientist*, vol. 9, núm. 2 (septiembre 1965), p. 40.

"Feedback from our Readers", *Trans-action*, vol. 3, núm. 3 (marzo-abril), 1966, pp. 2, 55-56.

Myron Glazer, "Field Work in a Hostile Environment: A Chapter in the Sociology of Social Research in Chile", *Comparative Education Review*, junio 1966, pp. 367-376.

Myron y Penina Glazer, "Social Science Research and the Real World: Chilenos y los gringos", publicación mimeografiada, 1966.

Irving Louis Horowitz, "The Life and Death of Project Camelot", *Trans-action*, vol. 3, núm. 1 (noviembre-diciembre 1965), pp. 3-7, 44-47.

"Letters", *The American Behavioral Scientist*, vol. 9, núm. 3 (octubre 1965), pp. NS-12 y vol. 9, núm. 4 (noviembre 1965), p. 32.

George E. Lowe, "The Camelot Affair", *Bulletin of the Atomic Scientists* (mayo 1966), pp. 44-48.

Kalman H. Silvert, "American Academic Ethics and Social Research Abroad: The Lesson of Project Camelot", *Background*, 1965, pp. 215-236. (En realidad, toda la edición de *Background* trata de las consecuencias del proyecto Camelot.)

Theodore R. Valance, "Project Camelot: An Interim Postlude", *American Psychologist*, vol. 21, núm. 5 (mayo 1966), pp. 441-444.

John Walsh, "Social Sciences, Cancellation of Project Camelot After Row in Chile Brings Research Under Scrutiny", *Science*, septiembre 10, 1965. También ver *The American Behavioral Scientist*, vol. 9, núm. 2 (septiembre 1965).

89 Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica, primera sesión. House Committee on Foreign Affairs, "Behavioral Sciences and National Security". Informe número 4 junto con parte 9 de las investigaciones sobre *Winning the Cold War: the U.S. Ideological Offensive* por el subcomité de Organizaciones Internacionales y Movimientos, de acuerdo con H. R. 84, publicación del comité, sólo a la disposición en bibliotecas de depósito.

Por mucho, el análisis más extenso que cuenta con amplia documentación acerca del material del proyecto CAMELOT, que incluye las conclusiones del Comité de Investigaciones Especiales de la Cámara de Diputados chilena, así como el debate, se encuentra en *Sesión 33, jueves 16 de diciembre de 1965*, República de Chile, Cámara de Diputados, Legislatura Extraordinaria, 384 páginas. Estos *Records* contienen también extensas citas de la prensa.

Un importante artículo de Chile es el de José Pablo López, "La tenue red del proyecto CAMELOT", *Ercilla*, julio 7, 1965, pp. 20-21, 31.

El editorial de DeGrazia contiene la siguiente frase: "Un pacifista noruego, llamado Johan Galtung, incitó a un periódico comunista chileno para que agitara entre algunos maestros, en favor de un chauvinismo antiyanqui, etcétera", lo cual es una descripción más bien incorrecta de lo que sucedió. Aunque es verdad que soy pacifista, esto no fue lo importante ni en general el patrocinio de investigaciones por el Departamento de la Defensa. El hecho de que yo sea noruego tiene mayor importancia: El proyecto CAMELOT se aprecia de manera diferente desde la perspectiva de una pequeña nación que desde la perspectiva de una gran nación colocada en uno de los bloques de poder. Lo que es completamente falso es que haya incitado "a un periódico comunista chileno". Lo que sucedió es que (yo que estaba trabajando en Chile como profesor de la UNESCO), había sido invitado por el finado director del proyecto a participar en él; rechacé la generosa oferta porque tenía ciertas reservas acerca del proyecto; no recibí explicaciones satisfactorias por parte de los directores en relación a las dudas que expuse (que son iguales a las cuestiones discutidas en el presente artículo) y fue sólo entonces cuando pasé la información que yo tenía a colegas latino americanos. Puedo asegurar a DeGrazia que eran más que "algunos maestros" los que estaban disgustados por el proyecto y se rehusaban indignadamente a participar en él; de hecho, probablemente ha habido pocas cuestiones en las que se hayan unido empiristas, fenomenólogos y marxistas de una manera tan efectiva. A nadie le ha de sorprender que todo esto alcanzara a un periódico comunista (de hecho casi dos meses después; se trata de *El Siglo*), y que fuera exagerado naturalmente con acusaciones de espionaje deliberado o casi intervención militar. También es absolutamente falsa la afirmación de que ese proyecto estaba "apoyado por algunos de los mejores investigadores extranjeros en América Latina".

Lo que sí parece una buena idea es la sugestión de DeGrazia de que las sociedades científicas apropiadas nombraran un comité para investigar todos los aspectos del surgimiento y la caída del Proyecto CAMELOT.

En relación a esto deben señalarse dos errores en el excelente artículo de Horowitz. El autor escribe que "Galtung también se preocupaba profundamente ante la posibilidad de que los científicos europeos fueran eliminados de las investigaciones latino-americanas debido a la avalancha de sociólogos de los Estados Unidos". Lo que me preocupaba era el futuro de la ciencia social en Latinoamérica en términos generales; en especial si se hubiera permitido que el proyecto CAMELOT viviera por algunos años —y lo que sucedió después de que se revelaron los detalles parece confirmar que mi preocupación era justificada.

En cuanto a mi preferencia entre sociólogos europeos y estadounidenses, generalmente se inclinaría hacia los últimos —pero es mucho más importante la participación en medida equivalente de los científicos sociales latinoamericanos, especialmente en el estudio de sus propios asuntos.

También escribe Horowitz que "simultáneamente, las autoridades de la FLACSO turnaron el asunto a sus asociados en el senado chileno y a la prensa izquierdista chilena". De hecho, ni la FLACSO como tal ni sus autoridades hicieron nada en relación con el asunto CAMELOT. Todo lo que yo hice en relación con esto lo hice como persona privada, y ni la FLACSO, ni su patrocinador, la UNESCO, tienen ninguna responsabilidad al respecto.

<sup>2</sup> Así, la presentación de Jessie Bernard (*op. cit.*, p. 24) suena de manera muy diferente al memorándum citado: "Había un consenso generalizado de que lo que se necesitaba eran más bien soluciones políticas que militares. ¿Podrían preverse las condiciones que generan la violencia? ¿Podrían alcanzarse los objetivos perseguidos por la violencia a través de medios no violentos? Estas eran algunas de las preguntas que demandaban atención." Sin embargo, un análisis cuidadoso del material disponible no autoriza la conclusión de que el proyecto estaba diseñado para ese fin. Más bien, el énfasis parecía residir en cómo prever y evitar toda revolución y no en cómo

llevar a cabo un cambio social a través de medios no violentos. Tampoco coincide con la formulación del memorándum la forma en que explica el doctor Bernard la finalidad del proyecto. Por otra parte, ¿quién en los países en desarrollo ha aceptado que “el ejército estadounidense tiene una importante misión en los aspectos positivos y constructivos de la edificación de la nación y tiene también la responsabilidad de asistir a los gobiernos amigos para enfrentarse a los problemas de insurgencia activa?” Es más, ¿por qué habrían de reservarse los patrocinadores militares el derecho de mantener en secreto algunos de los informes y resultados de la investigación?

<sup>3</sup> Esto es señalado prácticamente por todos los que escriben sobre el asunto, especialmente en Silvert (*op. cit.*, p. 218) y Horowitz (*op. cit.*, p. 44).

<sup>4</sup> Un buen ejemplo de esto se encuentra en una cita de un distinguido científico social estadounidense: “¿Acaso no fue ingenuidad del proyecto CAMELOT —ingenuidad verdaderamente gigantesca— que un proyecto designado con un nombre en clave fuera enviado por correo a decenas de investigadores en este país con la justificación de la contrainsurgencia, colocando en cierta forma a la totalidad de las ciencias sociales bajo la dirección de la contrainsurgencia? ¿Fue esta gigantesca ingenuidad consecuencia del hecho de que en la planificación de este proyecto, entre las ciencias sociales que se utilizaron no se incluyeron aquellas que implican cierta sensibilidad política?” (*Background*, p. 196). Es difícil escapar a la conclusión de que el autor piensa en el fondo que el proyecto podría haber sido salvado con mayor discreción, manteniendo las mismas intenciones, pero sin hacerlas públicas.

<sup>5</sup> Sin embargo, es demasiado simple descartar esto como la conducta errónea de una persona particular (Nuttini) que después puede servir como chivo expiatorio. Así, los Glazer escriben acerca de una reunión en la Universidad de Princeton en octubre de 1964, con un equipo de investigadores CAMELOT: “Acabando de regresar de Chile, relatamos lo cerca que habíamos estado del fracaso. El lastre del apoyo militar para un proyecto relacionado con las causas de la revolución, dijimos, podría ser muy pesado. Ni los chilenos ni otros latinoamericanos colaborarían de buen grado con norteamericanos, bajo un contrato del Pentágono, cuyo objetivo es aprender las técnicas de la insurgencia. La respuesta de uno de los participantes en la reunión de Princeton implicaba claramente que investigadores inteligentes podrían resolver un problema técnico tan simple como ese, ocultando la fuente del patrocinio.” (Glazer y Glazer *op. cit.*, p. 32.)

<sup>6</sup> “La hostilidad de uno de los científicos sociales invitados, precipitó el incidente diplomático que llevó finalmente a la cancelación del proyecto CAMELOT.” (Bernard, *op. cit.*, p. 24). Tal vez en el proyecto mismo había razones para ser hostil.

<sup>7</sup> Que ésta no es la única actitud en los círculos oficiales de los Estados Unidos puede comprobarse con los comentarios del senador Fulbright acerca del proyecto: [éste puede ser caracterizado como] “una política reaccionaria y retardataria opuesta al cambio. Tanto en el proyecto CAMELOT, como en el concepto de ‘contrainsurgencia’ está implícito un supuesto de que los movimientos revolucionarios son peligrosos para los intereses de los Estados Unidos, y de que los Estados Unidos deben estar preparados para ayudar, si no es que para participar, en las medidas para reprimirlos”. (Citado de Horowitz, *op. cit.*, p. 3. Véase también su análisis de la p. 6.)

Un relato cómico de lo deformada que puede ser la perspectiva oficial de los Estados Unidos acerca de Latinoamérica se encuentra en J. Mayone Stycos, “A New Look in Latin American Relations”, *Human Organization*, vol. 18. núm. 2 (verano de 1959), pp. 149-151.

<sup>8</sup> Esto es expresado muy claramente por M.C. Kennedy: ... “lo que es el colmo, es la infinita estupidez de la mayoría de los sociólogos. Todos ellos hablan de colocarse en el lugar del otro, pero en realidad pocos de ellos parecen ser capaces de hacerlo. En resumen, no necesitamos otra ética que aquella que nos proteja de la estupidez, en primer lugar y, sobre todo, de nuestros colegas.” (*Trans-action* vol. 3, núm. 2 (marzo-abril 1966, p. 2.)

<sup>9</sup> *Records*, pp. 33-35. Todas las traducciones del español son mías. *Life and Death*, vol. 3 n-m. 1 nov.-dic. 1965.

(Nota de los editores: Ante la imposibilidad de conseguir las citas originalmente en español, nos hemos visto precisados a hacer una retraducción al español partiendo de la traducción al inglés realizada por el autor del trabajo.)

<sup>10</sup> Para encontrar una expresión fiel de estas intenciones, comparadas con las comunicaciones privadas con el autor, ver Jessie Bernard, *op. cit.*, y Horowitz, *op. cit.*, pp. 46-47.

<sup>11</sup> Tomado de *Records*, p. 3348. Debe ser enfatizado que es probable que Nuttini no haya estado realmente autorizado para realizar este reclutamiento, porque, según se dice, Chile no se encontraba dentro de la lista original de las naciones objeto del proyecto. El hecho es que Nuttini actuaba como si estuviera autorizado, como si Chile estuviera en la lista de las naciones por estudiar, y como si su viaje a Chile hubiera sido parcialmente pagado con fondos del proyecto CAMELOT. Lo que en realidad sucedió antes de eso, probablemente debía ser revisado por un cuerpo judicial privado o público para aclarar la atmósfera. Que Chile incidentalmente no haya estado incluido en el diseño no puede ser usado para implicar que los chilenos no tienen derecho a reaccionar. En el mundo actual, cualquiera posee el derecho a reaccionar en relación con algo que tiene lugar en otras naciones, particularmente cuando se está cerca de ellas y se identifica con ellas. Todos los sociólogos latinoamericanos se conocen muy bien, y los latinoamericanos en general tienen una base amplia de solidaridad cuando se trata de relaciones con los Estados Unidos.

<sup>12</sup> Es un hecho que los numerosos comentaristas del proyecto casi dan por sentado que era una operación esencialmente política y aun militar. De otra manera, la prensa de izquierda en Latinoamérica nunca lo describiría como "espionaje yanqui". Para el semanario cubano *Bohemia* (24 de septiembre, 1965, p. 86), Rex Hopper se ha convertido en "un ex agente de la CIA. Después de su muerte, *The New York Times* describe el proyecto CAMELOT como "un programa en ciencias sociales de 4 millones de dólares encaminado a descubrir las causas de la guerra interna en Latinoamérica y otras áreas". Y DeGrazia escribe en su editorial de manera totalmente abierta sobre el valor político que el proyecto CAMELOT pudo haber tenido.

<sup>13</sup> Jorge Graciarena: "Algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica en América Latina", trabajo presentado en la Conferencia Internacional sobre investigación social comparativa en los países en desarrollo, Buenos Aires septiembre 8-14, 1964. Se puede objetar que cuando los datos son exportados el país no se hace más pobre, y que de hecho puede enriquecerse si los datos se hacen públicos posteriormente. De esta manera, ambas partes ganan: se trata de una suma positiva y no de un juego de sumar ceros. Y esto, desde luego, puede aplicarse también a la exportación de materias primas: ambas partes obtienen más capital del proceso. Pero aunque esto puede ser correcto en términos absolutos, no es válido en términos relativos. Incluso si ambos ganan más, el país rico parece ganar la mayoría: incluso si ambos logran mayor conocimiento, el país avanzado parece lograr la mayoría. Solamente uno de ellos puede ser el número 1; así, en términos relativos, el proceso es todavía un juego de sumar ceros.

<sup>14</sup> Esto recuerda los comentarios del editorial de *Human Organization*, vol. 17 (1958) criticando un aspecto importante del libro de Burdick y Lederer, *The Ugly American*. Esencialmente, lo que hace el coronel Hillendale es "conocer el idioma y la cultura locales [para después] "engañar a los pobladores a fin de que hagan lo que quiere que hagan". "Un programa encaminado a embaucar y a seducir a nuestros supuestos amigos puede lograr éxitos temporales, pero estamos temerosos de sus consecuencias a largo plazo. Tarde o temprano —y probablemente muy pronto— la población descubre que está engañada y pierde toda la confianza en quienes la están engañando. Por eso esperamos que quienes nos sirven en el exterior [no utilizarán] este modelo para el americano efectivo." Sin embargo, también hay una falacia en este argumento. El editor no dice que dicha acción puede ser errónea en sí misma; la

única razón por la que es errónea es porque sus consecuencias a largo plazo son negativas, o sea adversas a los Estados Unidos.

<sup>15</sup> Punto primero de la conclusión denunciatoria del Comité Especial de Investigación, *Records*, pp. 3325-3326.

<sup>16</sup> *Records*, p. 3340, citado del discurso de don Andrés.

<sup>17</sup> Los científicos sociales norteamericanos recordarán el debate sobre la publicación de *When Prophecy Fails*.

<sup>18</sup> Para mayores detalles, ver Johan Galtung, "Some aspects of Comparative Research", para ser publicado en *Polls*, 1967, pp.

<sup>19</sup> Hay insistentes rumores acerca de proyectos del tipo CAMELOT, y es difícil conseguir información precisa acerca de ellos. Horowitz informa que el proyecto REVOLT, diseñado para estudiar el movimiento separatista francés-canadiense, fue cancelado "poco antes del abandono del proyecto CAMELOT" (*Trans-action*, marzo-abril 1966, p. 56). El *Correio da Manhã*, en Río de Janeiro, y otras fuentes, mencionan las sospechas de una operación del tipo CAMELOT en la Universidad de Minas Gerais en Belo Horizonte. En el debate chileno hay referencias a otros proyectos llamados "Operación Simpático" y "Operación Colonia" en Colombia y Perú (p. 3370). De acuerdo con el periódico de Lima, *El Comercio*, junio 17, 1966, el proyecto "simpático" no encontró resistencia en Colombia y concernió a los programas cívicos de las fuerzas armadas y la forma en que la población reacciona frente a éstos. De manera similar, el proyecto NUMISMÁTICO se lleva a cabo en "países seleccionados", en tanto que el proyecto REASENTAMIENTO diseñado para estudiar al Perú, fue cancelado a petición del gobierno del Perú.

<sup>20</sup> En *Trans-action*, julio-agosto, 1966, y en *The American Sociologist*, agosto de 1966, cinco científicos sociales estadounidenses especializados en investigación en, y sobre, América Latina, convocaron a un debate, no sólo entre las personas interesadas de los Estados Unidos sino también con colegas latinoamericanos. Basados en una lista de siete argumentos, todos ellos válidos según mi opinión, sostienen que el proyecto CAMELOT es científica y éticamente irresponsable. Es interesante notar cuánto mejor llega a ser el análisis del proyecto CAMELOT cuando se realiza por personas especializadas en la región. Por otra parte, sería interesante saber el peso que se atribuye a cada uno de estos elementos: ¿sería todavía objetable el proyecto CAMELOT con únicamente seis, cinco, cuatro, etcétera, de los argumentos válidos? En otras palabras ¿qué es lo esencial y qué es lo accidental en el debate CAMELOT?